

como se fabrica una española

por Eduardo Haro Tecglen

"Yo me entregué a mi marido por él (el hijo), y me sigo entregando por ver si llega, pero nunca por divertirme".

(F. García Lorca, «Yerma», acto I, cuadro II)

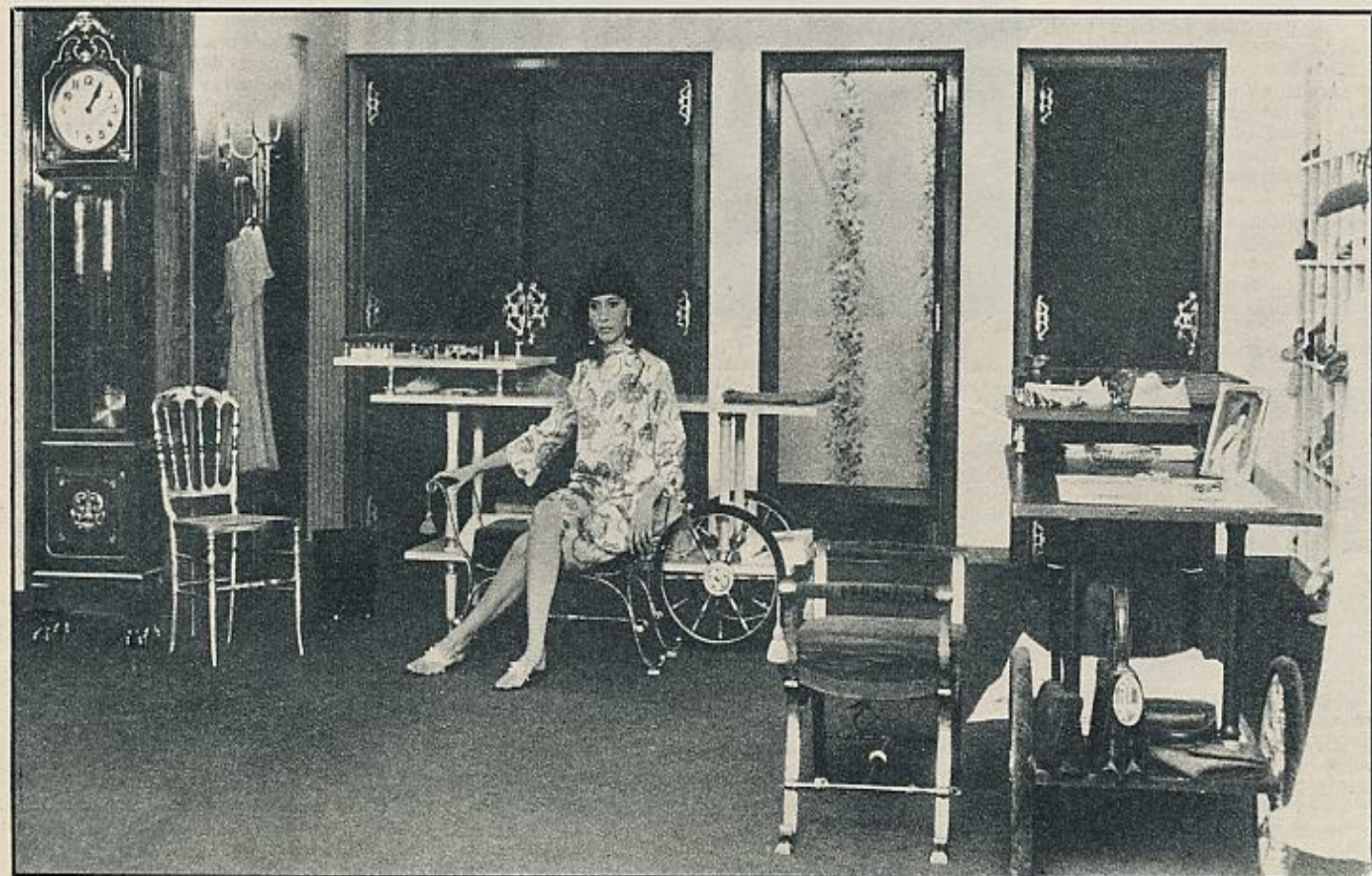
POR aquí han pasado al menos tres de las civilizaciones más antifeministas de la historia del mundo: la romana, la Iglesia primitiva, la islámica. Unas y otras acarrearaban un terrible material: la ley mosaica, la mezcla de miedo, desprecio, admiración y respeto de los hebreos por la mujer. Por aquí han pasado, en este «melting pot» se han mezclado, y de alguna mane-

ra prevalecen aquí sus ideas. Estas civilizaciones que se han combatido entre sí a sangre y fuego han sostenido una curiosa unanimidad en el tema. «No hay calamidad mayor para el hombre que la mujer», decía Mahoma. «Vosotros sois la puerta del diablo. Destruir la imagen de Dios: el Hombre», las decía Tertuliano. No fue el más rudo de los Padres de la Iglesia. «La mujer es una

mala borrica —decía San Juan Damasceno—; hija de la mentira, centinela avanzado del infierno...». ¿Sólo centinela avanzado? No, diablo mismo. Lo explicó San Antonio: «Cuando tengáis delante una mujer, creed que tenéis ante vosotros no un ser humano, no una bestia feroz, sino el diablo en persona. Su voz es el silbido de la serpiente». San Cipriano también oyó el silbido fatal, pero

para él era el del basilisco. San Gregorio el Grande lo reducía todo a términos más normales: «La mujer no tiene el sentido del bien». San Agustín se refería a la doctrina paulina: «No puede enseñar, ni testimoniar, ni comprometer, ni juzgar; con mayor motivo, no puede mandar». Así era esa «soberana peste de mujer» (San Juan Crisóstomo); en conjunto, «una especie peligrosa» (San Jerónimo). Ninguna de estas frases tenía nada que ver, realmente, con la doctrina original cristiana, ni aun con el cristianismo que al reinar en Roma había abolido la condición esclava de la mujer y la había elevado a la proximidad del hombre. Pero aquí llegaron sobre el vehículo de la religión, que fue al mismo tiempo devoción y ley. Y aquí se mezclaron con la presencia y la pervivencia del islamismo.

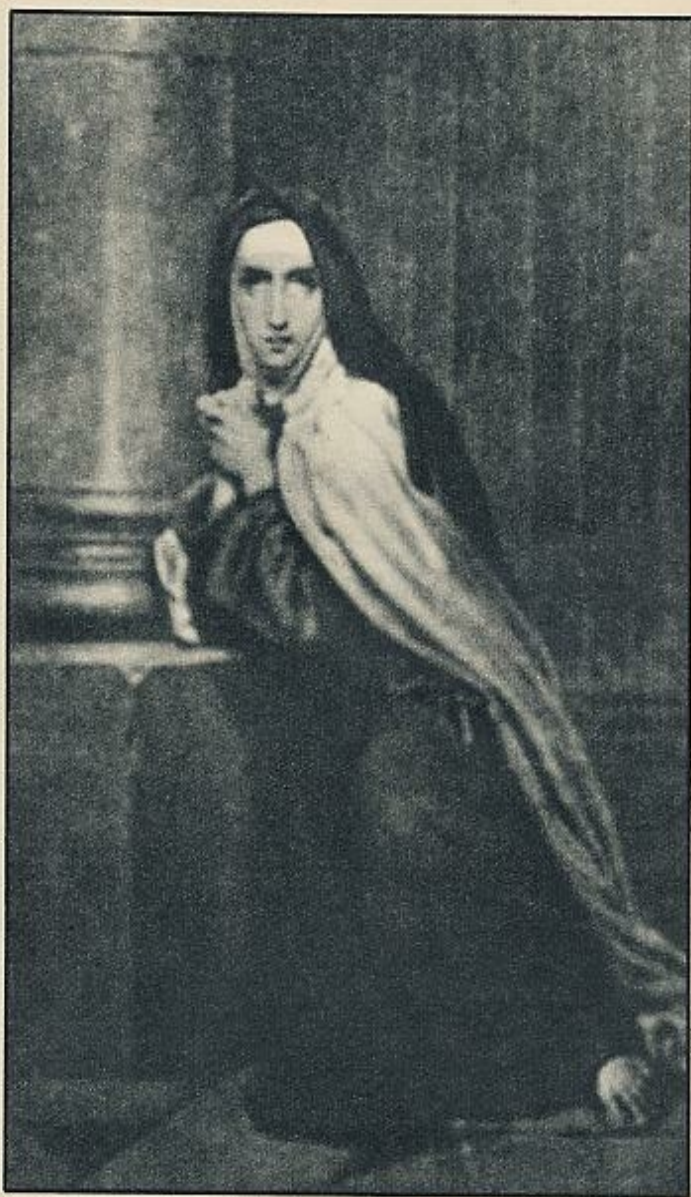
El islamismo, que había heredado el mismo terror supersticioso a la mujer, había reaccionado con energía, con combatividad frente a ese enemigo nocturno: había domesticado al mismísimo diablo representado por la mujer y lo había convertido en objeto. Simple objeto doméstico de compra-venta, de enorme utilidad y escaso desperdicio, capaz de



acarrear cargas y trabajar en el campo, de mantener una casa, de producir vida y descendencia y de ser fuente de placer. Si una mujer no basta, se toman dos, tres; hasta cuatro permite la ley coránica. Pero permite un número ilimitado de concubinas. Para conseguir cerrar bien la puerta de Satanás y convertir a la mujer en objeto auténtico, el mundo islámico inventó la cliterotomía o ablación del clitoris. Aún se practica. En las zonas rurales, esta operación —que se practica en las vísperas de la pubertad— es especialmente dolorosa: se aplasta con piedras. Se supone —erróneamente— que de esta forma la mujer carecerá de estímulo para el acto sexual, no encontrará placer. Será, por lo tanto, el objeto del hombre, sin iniciativa propia.

Las dos ideas se funden en el crisol ibérico. Si las dos coinciden en la distinción de la mujer como «especie peligrosa», difieren, en cambio, en el concepto de la función sexual y, por consiguiente, en el que ha de darse a la mujer. En el cristianismo aparece como algo que debe reprimirse, o limitarse a un ejercicio calculado y resignado («Más vale casarse que abrasarse»), mientras que en el islamismo el sexo es absolutamente libre en el hombre y sólo reprimible en la mujer. En el mundo cristiano, la mujer no está degradada lentamente, y aparece con una dualidad: si es el agente provocador del demonio, por la línea de Eva, puede serlo de salvación por la excelcitud de la Virgen María. El habitante de esta península aplica esta dualidad a la práctica diaria con sus compañeras, y añade a ella una enorme dosis de islamismo (de tendencia a objetivar), más una supervivencia de la mujer esclava romana, sostenida a través de las leyes (que ahora comienzan a modificarse). La confusión es enorme.

Aparece entonces el «misterio». La mujer como ser misterioso, como arcano, como algo que no se entiende. ¿Cómo se la ha de entender, si se parte para considerarla de una confusión mental, y si ella misma ha sido educada como una contradicción viviente? La mujer misterio, la dama duende, permanente en nuestra literatura. En la Edad Media cuaja en dos personajes opuestos: la Bruja y la Virgen. En la Bruja está, naturalmente, el amor carnal, ejercido por sí misma o por ella procurado (Celestina, criatura del diablo); en la Virgen aparece el amor ideal y se encarna en el personaje de la castellana amada por el caballero andante, en la santa, en la doncella que representa la inocencia salvadora. En esto aparece una nueva utilidad



de la mujer que no tiene desperdicio: es un inmejorable agente de salvación. En el Eclesiastés está dicho que «la esposa fiel santifica al marido infiel», y así se lo citaba Abelardo a Eloísa. Doña Inés salva a don Juan con una vida de castidad y una larga espera «post mortem». Hace algunos años, la esposa de un gran poeta que algo había bebido en su vida y alguna noche había prolongado en lecho ajeno, ingresó en un convento al quedarse viuda para comprar, con una vida de penitencia y oración, la salvación del alma del marido que la fue infiel.

El funcionamiento de la mujer como objeto, en España, es muy distinto del mundo islámico. Más sutil. La operación quirúrgica quedó sustituida por el lavado de cerebro. La mujer «no se divierte», y eso es todo. «Yo, que siempre he tenido asco a las mujeres calientes...», dice «Yerma». En los libros de medicina y de sexología españoles se dedica considerable espacio a la frigididad en la mujer, que ahora y en ciertos medios intelectuales comienza a considerarse como un mal, pero que se ha creado minuciosamente. La idea del «honor» ha funcionado siempre como anafrodisíaco, y la seguridad de que para lavar el honor era preciso el derramamiento de sangre ha obrado en la española un efecto enormemente más seguro que la cliterotomía. La doncella «perdida» o la dama adúltera podían recibir el acero de la espada o la perpetuidad en el convento; aún hoy están sometidas a los peores males. Pero lo más curioso es su aceptación general de la situación. La más prodigiosa creación de esta que se sigue llamando «tierra de hombres» es ese lavado de cerebro por el cual una mujer puede decir a quien la mata: «Así, muriendo a tus manos — quiero el honor conservarte; — mejor viva que guardar — junto a mí a marido infame». Este retorcimiento ideológico versificado y escenificado por Vélez de Guevara es una prodigiosa creación. Al desviar su conducta, la mujer hace «infame» a su marido; ella misma no toleraría vivir con el marido infame; pero, para que no lo sea, ha de matarla. Y en el dilema, ella prefiere y hasta incita esta solución... En muchas parejas de hoy, sin sangre y sin espada, aparece la misma aberración ideológica.

De esta forma, la mujer considera una virtud amar sin placer, porque equipara placer a pecado —conciben «casi sin pecado», decía Marañón—; si su conducta se aparta de la rigidez marcada, pide a gritos que la maten, y cuando el pecador es su marido —incitado por «las otras», ciertamente, y porque, al

fin, es «un hombre»—, aparte de considerar con cierto orgullo esa virilidad conyugal, dedica su vida entera al sacrificio y a la oración para redimirle. Es indudable que la civilización islámica no ha conseguido semejante producto. Su objeto es funcional, pero no tanto.

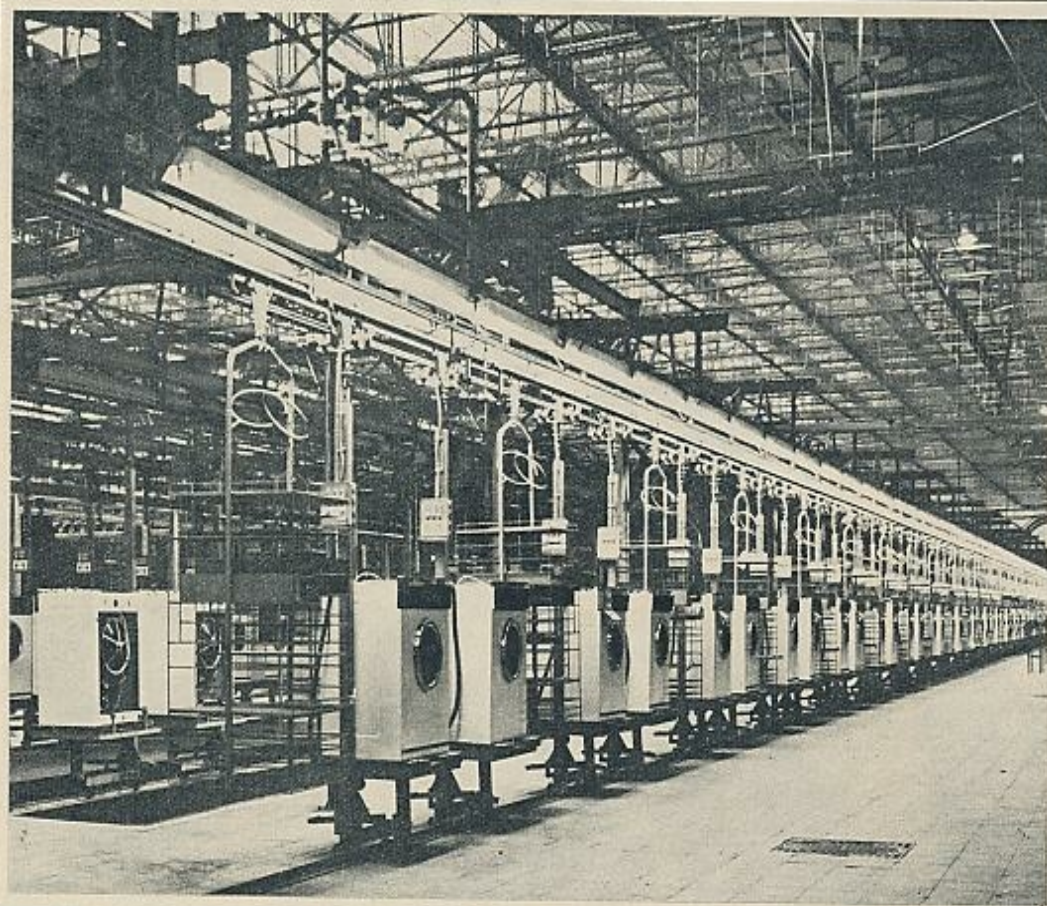
Naturalmente, en la práctica, esta imagen literaria y clásica de la mujer española está muy rectificada, pero esas bases tradicionales están bien conservadas y la convierten en un ser singular dentro del mundo, y sitúa las relaciones hombre-mujer (morales y sexuales) de una manera absolutamente genuina. Las costumbres y regulaciones sexuales en el mundo son generalmente disparatadas; de todas ellas, las más raras son las de Occidente y, dentro de Occidente, ningún disparate tan espectacular como el español. La idea de que los hombres se eduquen desde niños con una noción de la virilidad que debe sostenerse con proezas estadísticas asimiladas al infinito, mientras a su compañera se la inculca la idea de la virginidad como perfección y la del cero como ideal, inicia el disparate. La base social que ha de tejerse a base de un ser cuya aspiración es el absoluto unido con otro cuya aspiración es la nada es aberrante. De ahí parten la incomodidad y el malestar social sexual del español.

Sin embargo, en esta pluralidad de acepciones de la mujer española objetivada, el elemento activo que los buenos Padres de la Iglesia consideraban como demoníaco se ha conservado pacientemente. Es su aspecto simultáneo oferta-negación. De nuestra rara vida es probablemente lo que más llama a los extranjeros la atención. No se trata de la exhibición corporal que, más o menos, aparece en todos los países occidentales, sino en lo que Werrie considera como «intencional» en esa exhibición. La forma de andar de las mujeres españolas, por ejemplo, es absolutamente singular. En «La lozana andaluza» se describe con una palabra admirable: «culeando». Aquello que fue así nombrado en el siglo XVI volvió a encontrarlo Havelock Ellis cuando vino a España a finales del XIX: «El andar de la mujer española, aunque no falto del orgullo de la dignidad humana, tiene algo de la graciosa cualidad del animal felino... La mujer española, como las diosas de Virgilio, es conocida por sus andares...». Ciertos antropólogos han atribuido este movimiento a una forma peculiar de la columna vertebral, que parece una característica de la mujer ibérica: como si su curvatura natural hubiese sido au-



(Sigue en la pág. 38)

CON DIMENSIONES Y CATEGORIAS



EL COMPLEJO INDUSTRIAL FAGOR EXPORTA A CUATRO CONTINENTES

Aspecto que ofrecen los árboles electrónicos de lavadoras en el interior de la planta.

LOS MINISTROS DE INDUSTRIA Y TRABAJO INAUGURARON UNA DE LAS MAS MODERNAS FACTORIAS DE LAVADORAS DE EUROPA

Hoy es una asombrosa realidad; aún no hace mucho se hablaba de estar asistiendo a un nuevo milagro económico, a nivel de empresa. Pero el hecho es que está ahí, a la vista de todos cuantos quieran interesarse por ella. ULGOR, S. C. I., razón social de la empresa cuyos fabricados se conocen por la marca FAGOR y ASPES, es un gran complejo industrial en el que el poderío de medios materiales y humanos continúa su escalada de desarrollo vertiginoso, ayudado e impulsado —que todo hay que decirlo— por una investigación técnica de primera fila.

Si usted visita sus plantas industriales de San Andrés, en el bello paisaje guipuzcoano de Mondragón, o de Garagarza, se verá prendido en la admiración al contemplar el colosalismo reluciente de sus instalaciones. Las perspectivas de los árboles electrónicos de almacenamiento de materiales, las cadenas de montaje, máquinas de todos los tamaños, túneles de control de calidad; los mil y mil aspectos de FAGOR, en suma, proclaman que se halla usted ante algo grande, muy grande.

Y, en efecto, FAGOR suena alto en toda España, en Europa entera e incluso en otros continentes. La variada gama de productos que fabrica, desde cocinas hasta lavavajillas, desde frigoríficos y lavadoras hasta calen-

tadores de agua y sistemas de calefacción, han obtenido un éxito sin precedentes. Así, empujada desde el comienzo por una fuerte demanda, FAGOR fue creciendo en estroños impresionantes, movidos únicamente por el brío de sus hombres y la fe en el ideal que profesaban: felicidad en el hogar, o, lo que es lo mismo, en todos los hogares.

VOCACION EXPORTADORA

Este afán comercial de total servicio ha sido el resorte que ha llevado a FAGOR a conquistar el mercado nacional, primero, para lanzarse luego a la batalla por el vasto mercado internacional. Tanto más cuanto que el cuadro entero de su personal está galvanizado por este propósito en un monolitismo sin fisuras. De sus resultados, FAGOR se expandió por Europa Occidental; cruzando fronteras, sus productos empezaron a venderse en el Este europeo, llegaron al Norte de África, Oriente Medio, y tocan ya las naciones del Oriente asiático. Al mismo tiempo, los aparatos FAGOR se instalaban en los hogares de los países de la Commonwealth y llegaban a las lejanas tierras de América del Sur. Todo ello en un tiempo record, ya que FAGOR surgía como empresa

el año 1956, y su único apoyo era el de un grupo de hombres decididos a darlo todo por el bienestar de los hogares.

PUNTO FUERTE: LA INVESTIGACION

Esta carrera meteórica tenía que basarse también en una clave técnica que hiciera posible la calidad internacional.

De otro modo, el educadísimo público de los países económicamente avanzados no hubiera dado a FAGOR la acogida que le ha dispensado. El ritmo trepidante del mundo de nuestros días, donde los perfeccionamientos y superaciones de todo orden se suceden de forma vertiginosa, exige un estudio constante de las necesidades futuras que pudieran presentar los consumidores y, consecuentemente, el apareamiento de los medios precisos para darle satisfacción. Por eso, el nervio de toda la actividad de FAGOR, y que ha supuesto primerísimo tema de sus desvelos, es la investigación y Creación, compuesto por técnicos especializados y dotado de los medios más modernos. Departamento de Diseño, de Pruebas, Sección de Proyectos, División de Comprobación y Resistencia de



Los ministros de Industria y Trabajo contemplan con vivo interés una de las maravillosas cocinas FAGOR.

EUROPEA MUNDIAL



Los ministros de Industria y Trabajo, en su recorrido por las instalaciones de la nueva planta.



Saludo entrañable entre los ministros de Industria y Trabajo a su llegada a la nueva planta, División número 2, de FAGOR.

Materiales y numerosos equipos de estudio marcan las pautas de la labor que desarrolla FAGOR con sus miles de hombres en acción, sus cerebros electrónicos, poderosas flotas de vehículos y red comercial extendida por el mundo entero.

EL FUTURO HA COMENZADO

Para FAGOR, en efecto, el futuro ha comenzado. Su fortaleza le permite mirar el momento de la asociación de España con el Mercado Común no ya con tranquila con-

fianza, sino con impaciencia, ante la perspectiva de condiciones óptimas en un área de cientos de millones de clientes que poseen una gran capacidad adquisitiva y la calidad de un nivel empresarial adecuado y en forma.

Si el problema con que España se enfrenta radica en la necesidad de diversificar la exportación, superando el esquema que sólo atribuye posibilidades a los productos tradicionales, FAGOR constituye hoy un sólido puntal en la lucha. De esta forma, la divisa de explotar más y mayor número de mer-

cancías encuentra en FAGOR aplicación íntegra, con sus series de productos industriales en línea ascendente de aceptación en el extranjero.

La nueva planta de lavadoras inaugurada en Gararza, con la visita de los ministros de Industria y Trabajo, significa una nueva inyección en el poderío expansivo de FAGOR al permitir sus formidables instalaciones un nuevo empujón en la pugna por abastecer una demanda internacional que sigue sin dejar de dispararse.

CARACTERÍSTICAS DE LA NUEVA PLANTA

En FAGOR, la lavadora es hoy uno de sus fabricados líder. Cinco modelos de lavadoras superautomáticas biológicas completan la más moderna y variada gama que actualmente existe en el mercado europeo. A ellas se han incorporado destacadas ventajas con patente mundial, como el filtro de doble seguridad, en favor de un buen uso, una alargada duración, un sencillo y cómodo manejo. Otras ventajas son: su encimera, totalmente lisa y aprovechable como mesa de trabajo; un centrifugado perfecto; secado total y listo para la plancha; diferentes formas de instalación; acopladas en la cocina formando una superficie lisa, empotradas, adaptadas, etcétera; carga frontal o superior; dimensiones normalizadas y línea estrecha; mandos ocultos y gran belleza.

La actual gama abarca una amplia escala de posibilidades que permiten adecuarse a cualquier necesidad familiar.

Los modelos son los siguientes: F-8, con ocho programas de lavado convertibles en dieciséis; F-16, también con ocho programas de lavado convertibles en dieciséis y centrifugado total; F-16, con dieciséis programas convertibles en treinta y dos; F-16, secado, con dieciocho programas convertibles en treinta y cuatro, y F-20, línea estrecha, con ocho programas convertibles en dieciséis.

Como lo hizo con frigoríficos, cocinas, etcétera, FAGOR, en este caso, no sólo ha puesto en sus aparatos los más avanzados adelantos, sino que los fabrica en la más vanguardista técnica; testimonio de ello es la inaugurada planta número 2, preparada «ad hoc» para la fabricación de lavadoras y con las siguientes características:

Cincuenta mil metros cuadrados de superficie cubierta.

Diez kilómetros de cadenas automáticas de transporte.

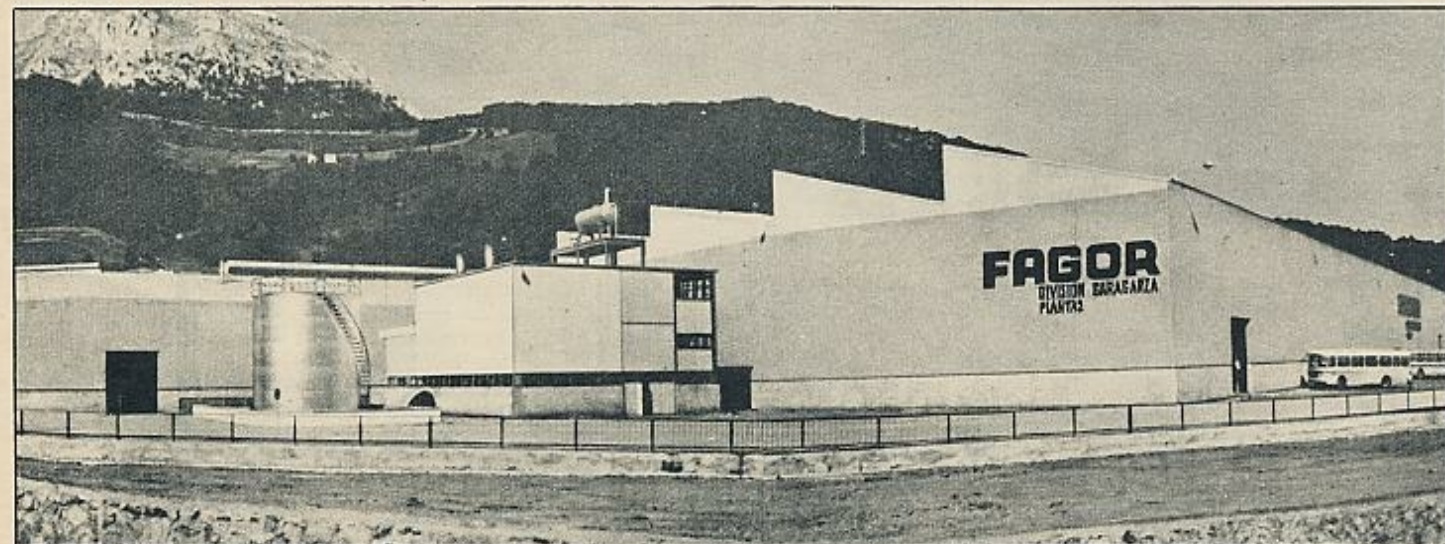
Capacidad de producción: 400.000 unidades anuales.

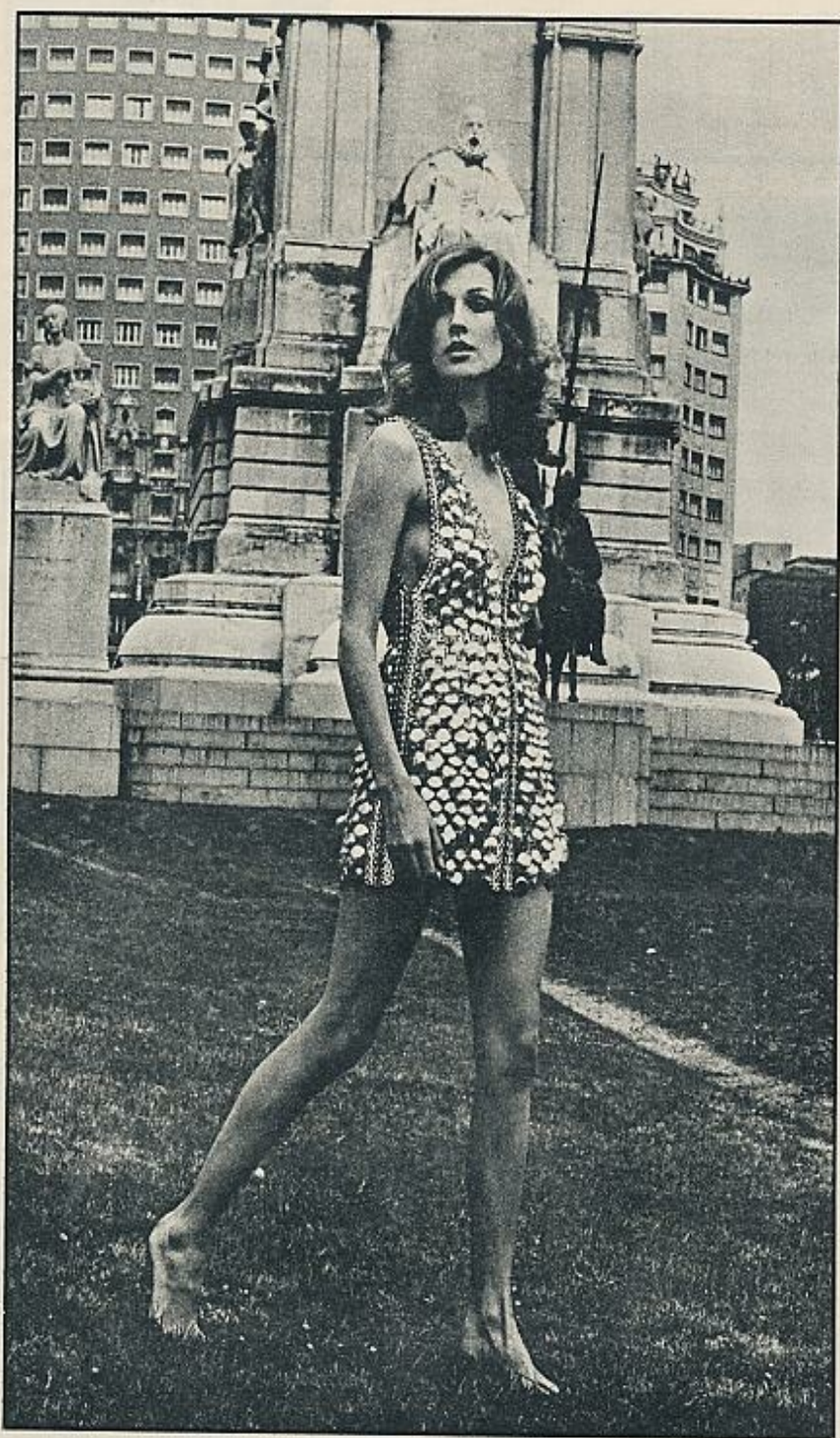
Que junto con las ya existentes plantas números 1 y 3 nos dan las siguientes dimensiones:

Superficie total cubierta: 120.000 metros cuadrados; superficie total en terrenos: 300.000 metros cuadrados; personal: 2.500.

Esta técnica, esta dimensión, en resumen, esta potencia industrial dan a FAGOR una situación de privilegio en el mercado nacional e internacional, llegando a ellos con unos precios, condiciones y calidades de señalada ventaja para el ama de casa.

50.000 m² EN UNA NUEVA PLANTA





(Viene de la pág. 35)

mentada mediante presión en los dos extremos. Quienes lo han estudiado (Duchenne, Lagneau) dudan de si es una característica racial ibérica o de si ha sido adquirida por el transporte de peso en la cabeza. Podría ocurrir que en lugar de ser la causa de una manera peculiar de andar, pudiera ser, por el contrario, que el andar «culeando» hubiese final-

mente curvado la espina dorsal hasta darle esa forma que Spalikowski llama «ensellure»: es decir, la forma de la espalda del caballo, apta para ser montada, para ser ensillada. Paul Werrie, antes citado, autor del más sagaz libro de mirada extranjera al mundo amoroso español («El amor a la española», Sagitario, Barcelona, 1964), lo describía con

más énfasis: «De pronto tiene usted ante los ojos el milagro: una falda de borde ancho, una campana oscilante bien sujeta a la cadera, y el doble badajo de unas piernas desnudas y bonitas. Un suéter rojo, puesto con negligencia, y pelo negro. Está usted viéndola por detrás. La aparición ha sido repentina. No sabe usted cómo se ha encontrado así junto a ella. Procure seguir detrás. El espectáculo vale la pena, es impresionante. Las carnes jóvenes ondulan con suavidad. A cada paso, las nalgas, para llamarlas por su nombre, se remueven. Los dos hemisferios gemelos suben y bajan alternativamente y, para bajar, han tenido antes que contraerse y empinarse. Extiéndese el movimiento rítmico hasta los hombros, por la espalda, que está imperceptiblemente echada hacia atrás. Se diría que cada segmento del cuerpo, cada miembro y cada parte de miembro se coordina con los demás como en un caleidoscopio, cuyas piezas, cuando una cambia de sitio, se disponen en un equilibrio parecido, pero distinto. Todo interviene en ese movimiento que altera las líneas...». La descripción de la aparición asombrosa dura varias páginas.

No cabe duda que, en tanto todo ello se considere como tentación, aparezca como una «opus demonii». Cuando aparece como, al mismo tiempo, una negación de lo que ofrece, podrá estar más próxima a la santidad, pero resume y simboliza el drama sexual español.

Este es el objeto que se ha fabricado. ¿Lo ha fabricado enteramente el hombre? ¿Puede atribuirse al hombre solo la entera creación del desastre, como hace Juana Inés de la Cruz («hacedlas cual las queréis, queredlas cual las hacéis») con una falsa rebeldía? ¿O hay una enorme parte activa en la propia mujer, en la aceptación de su propio papel? Quizá estas preguntas carezcan de sentido y se refieran a un cierto pasado. Quizá esté ya todo en revisión y en modificación. No parece claro. Las mujeres van continuamente perdiendo las fechas, las revoluciones. Se perdieron la cristianización y el renacimiento; se habían perdido ya la reconquista, se perderían después las revoluciones liberales. No es extraño. Sucede lo mismo en todo el mundo. La revolución árabe pudo dar heroínas —Djamila Bupachá— pero no ha dado ministros.